

Reseña sobre Ames, Patricia (Ed.). (2017).
*La diversidad en la escuela. Aproximaciones
antropológicas a las experiencias educativas
de los niños, niñas y jóvenes peruanos.*
Lima: CISEPA-PUCP, IRD.

Liliana Miranda Molina

Recibido: 15-05-2018
Aprobado: 24-12-2018

La antropología de la educación es un campo de estudio reciente en nuestro país. Esta disciplina abre un espacio amplio para la reflexión en el que cultura y educación se conectan, se condicionan y se recrean constantemente. En este ámbito, el libro *La diversidad en la escuela* constituye un aporte significativo. La publicación está compuesta por nueve investigaciones que se basan en tesis de licenciatura de Antropología, lo cual, además, significa un esfuerzo valioso para promover nuevos investigadores e investigadoras.

El libro tiene la virtud de reunir distintas miradas sobre el acto cotidiano de asistir a la escuela en la Amazonía, en las zonas andinas, así como en la ciudad de Lima. Los trabajos compilados muestran cómo las categorías de edad, género, juventud, entre otras, adquieren distintos sentidos dependiendo del contexto donde nos situemos y cómo, al mismo tiempo, se entrelazan. De esta manera, la antropología educativa permite analizar la educación como un entramado de significados sorteando la tentación de caer en los esencialismos a los que estamos acostumbrados y de los que, en varias ocasiones, no es fácil escapar.

Queremos destacar algunos temas transversales a los distintos estudios, aun cuando no es posible dar cuenta de cada uno de ellos. Un primer tema se relaciona con la agencia de niños, niñas y jóvenes. Al respecto, la capacidad que tienen los estudiantes para construir prácticas propias y tomar decisiones es claramente mostrada. Evidentemente, esta agencia es ejercida en el marco de las restricciones que les imponen no solo sus condiciones de vida y demás constreñimientos sociales, sino también las que impone la propia lógica escolar.

Resulta interesante observar cómo las clásicas categorías de las Ciencias Sociales de *acción social* y *estructura* se conjugan y toman cuerpo en cada uno de los estudios. Esta agencia cuestiona la imagen tradicional de las escuelas como simples espacios de reproducción de prácticas centrales y hegemónicas. Dicho cuestionamiento no solo se observa en el caso de los estudiantes que cursan o han concluido la secundaria, sino también en los más pequeños. Así, en el estudio de Antonia Zegarra, desarrollado en una escuela primaria de educación intercultural bilingüe en una comunidad shipibo, niñas y niños proponen una nueva forma de usar el mobiliario escolar, y de cómo desarrollar sus tareas y actividades. Como plantea la autora, esta manera de recrear el espacio y su comportamiento no sería posible si los niños no hubieran asumido un rol activo en su proceso de aprendizaje y si los docentes no hubieran sido permeables a ello luego de un proceso de negociación.

Quizá, cuando afirmamos de manera pesimista que cualquier cambio que se quiere realizar en la escuela es “colonizado” por la lógica y cultura escolar, no logramos reconocer las prácticas espontáneas e informales en las que niños y profesores negocian y dan lugar a nuevas prácticas. Esta capacidad de agencia también aparece en el estudio de Roxana Gastelú sobre las experiencias de jóvenes asháninkas. Esta investigación muestra cómo la presencia de la secundaria en su formato homogéneo en la comunidad suscita la experiencia de juventud, y así, la condición social del “joven indígena”. Sin embargo, esta tensión entre escolaridad y las formas en que los jóvenes indígenas experimentan

su juventud, en contraposición a lo que los docentes esperan, no implica un enfrentamiento con sus familias para mantener su condición de estudiantes dadas las demandas tradicionales. Más bien, se observa que los jóvenes asháninkas negocian y actúan con autonomía frente a las demandas de sus padres y toman diversos cursos de acción, otra vez, mediados por sus posibilidades y restricciones.

En el mismo sentido, la investigación que realiza Melissa Villegas sobre la decisión de las estudiantes de zonas rurales de Apurímac sobre el post secundario nos permite observar los distintos niveles de agencia del alumnado femenino. A pesar de compartir el mismo género, la interpretación y la negociación de este grupo de estudiantes con sus familias sobre qué realizarán luego de concluir sus estudios secundarios y los resultados que obtienen varían según la presencia de factores que posibilitan o limitan sus proyectos profesionales. En este marco, la presencia de modelos femeninos familiares es uno de los factores clave en las decisiones que toman las estudiantes.

Por su parte, el trabajo de José Carlos Ortega resulta también ilustrativo de la relación entre agencia, identidades y estructura. Los jóvenes awajún que se adaptan en la ciudad sintetizan lo que han aprendido en sus labores y tienen la capacidad para resignificar la identidad awajún. Moverse entre la comunidad y la ciudad no implica necesariamente un proceso de transformación que tenga como resultado una identidad mestiza. A partir de sus experiencias, construyen un abanico de nuevas formas de entenderse a ellos mismos como awajún. Esta plasticidad y versatilidad encierra posiblemente algunas respuestas a nuestras viejas interrogantes sobre la identidad nacional.

Las demandas por una mejor educación es otro tema que aparece claramente en el libro. Las investigaciones muestran que, si bien los estudiantes valoran la escuela como un espacio relevante, son críticos con respecto a la educación que reciben. Consideran que esta no es adecuada para sus expectativas personales, sobre todo, si estas suponen acceder a estudios superiores.

En el estudio de Villegas, las estudiantes de Apurímac son claramente conscientes de que necesitan pasar por una academia preuniversitaria si quieren continuar con sus estudios superiores, pues la secundaria a la que acceden no las preparó adecuadamente para el ingreso a la universidad. Esta deficiencia, evidentemente, se convierte en un factor limitante para sus aspiraciones profesionales, debido a que solo aquellas cuyas familias puedan solventar el costo de la academia y de los procesos de admisión que requieran tendrán más posibilidades de acceder a la universidad. Esto se convierte en un factor adicional de exclusión. Es importante anotar que este hecho pone de manifiesto la falta de coherencia entre el tipo de aprendizajes que busca desarrollar la educación secundaria y los que demandan los exámenes de admisión de ciertas instituciones de educación superior.

El mismo sentimiento de decepción sobre la educación recibida es evidenciado en el caso de los estudiantes asháninkas. A diferencia de sus padres, para quienes alcanzar la alfabetización básica era suficiente, esta generación de

jóvenes aspira a lograr una mayor educación. Saben que mejorar sus condiciones de vida supone no solo completar la secundaria, sino acceder a educación superior. Así, pareciera que el denominado “mito de la educación” se ha resignificado. La confianza de los padres en el sistema educativo ahora se traslada a los propios jóvenes que, durante la secundaria, van entendiendo que el éxito de sus aspiraciones supone una educación superior y que, para alcanzarla, requieren de una buena educación básica.

Finalmente, aun cuando los estudios comentados muestran la capacidad de agencia de los estudiantes, así como la permeabilidad de algunos docentes, no podemos dejar de reconocer que la escuela peruana sigue siendo una institución con poca capacidad para incorporar las diferencias y adaptarse a nuevos escenarios. Por ejemplo, el estudio de Marion Bukard sobre estudiantes indígenas del Programa Beca 18 plantea que, en la universidad, también existe un desencuentro entre la lógica educativa y las prácticas sociales de los estudiantes. Este desencuentro se manifiesta en la distinción entre *conocimiento científico* y *conocimiento cultural*, que anula la validez de las distintas formas de producir saberes.

La escuela es todavía una institución que mira con desconfianza la diversidad, como lo evidencia el estudio de Paulo Temoche en Barrios Altos. Dicha institución asume como parte de su misión contribuir a que los estudiantes pasen por un proceso de “desculturización” y “descriollización” con el objetivo de crear a un “nuevo sujeto social”.

El libro nos muestra que la escuela y el sistema educativo en general se enfrentan a varios desafíos para convertirse en un espacio realmente acogedor y adecuado, que esté a la altura de lo que los estudiantes esperan de ellos. En la actualidad, no cumplen con dichas expectativas: una escuela abierta a la diversidad, que converse con ella y que reflexione desde ella.

Consolidar a la escuela como un espacio abierto y diverso no es un reto sencillo ni de corto plazo, pero resulta imprescindible para dar una respuesta a niños, niñas y jóvenes que, a pesar de todas las dificultades estructurales y coyunturales, siguen confiando en sus escuelas como espacios de aprendizaje y sociabilidad. En caso contrario, no estaremos formando ciudadanos y ciudadanas que aprendan a convivir de manera democrática en un país diverso, en libertad y autonomía.

En un país como el Perú, donde la relación entre educación y diversidad es una tarea a (de)construir, el libro *La diversidad en la escuela* ayuda a comprender la experiencia educativa en general y la implicancia político-práctica que conlleva al poner en cuestión el carácter altamente prescriptivo que todavía caracteriza al proceso educativo y, en particular, a la pedagogía en nuestro país.